

Héle allí, bajo el manto de la noche !
 Entre el ser y la nada suspendido !
 Sin el corcel, que en libertad ha huido !
 Con vida ! no ha podido ni morir !
 Sin orgullo ! que el alma está marchita !
 Sin descanso ! en desmayo solamente,
 Que no descansa quien dolor no siente,
 Sin morir, sin pensar, y sin vivir.

CUADRO DÉCIMO

LA VISIÓN

ENTRE diáfanas nubes columpiada
 La luna solitaria, reverbera,
 Como la blanca virgen prisionera
 Al través de la reja del harén.
 Los juguetones céfiros suaves,
 La cubren luego con flotante velo
 De móvil gasa, que el cristal del cielo
 Va empañando con trémulo vaivén.

Desparece su disco lentamente
 Entre nieblas sin formas ni colores,
 Y muertos sus postreros resplandores
 Se condensa doquier la oscuridad.
 Ya de luz vaga entre las turbias olas
 El hondo espacio apenas se columbra,
 Cual tras del tiempo el corazón vislumbra,
 Sin principio, sin fin, la Eternidad.



*Entre diáfanas nubes columpiada
 La luna solitaria, reverbera.*

Y ora las nubes, que amontona el cierzo,
De aquí, de allí, se buscan y se hallan,
Se apiñan, se condensan, y amurallan
Negras, cielos y tierra en derredor.
Recoge entre sus alas tenebrosas
La noche al mundo ; crujen con estruendo
En el monte los árboles, cediendo
Al ímpetu del viento zumbador.

Y reina luégo la presaga calma
Que asume la tormenta pavorosa
Cuando en quietud solemne se reposa,
Cual queriendo sus iras concentrar.
Y el aterrado mundo aguarda el rayo,
Como, en silencio, el botafuego ardiente,
Aguardan el combate, frente á frente,
Dos escuadras tendidas sobre el mar.

En el breve paréntesi, aun la brisa
Quieta y suspensa entre las hojas calla ;
Pero páрте el relámpago, y estalla
El trueno, y zumba el huracán del Sur :
Tierra, aire y cielo abarca en su carrera ;
El cóndor se horripila en su peñasco ;
Busca el león del monte el hondo casco ;
Entra á su cueva el escamoso albur.

Brama rodando á la merced del viento,
De la noche en el negro y hondo seno,
Sobre el carro arrastrado por el trueno,
Lanzando rayos, la alta tempestad.

Restallan rotas con fragor las nubes ;
De su seno el granizo se desploma,
Y ni vampiro, ni reptil asoma
Del mundo á perturbar la soledad.

Forma la lluvia rápidos torrentes
Que hirviendo ruedan sus bramantes ondas,
Ya despeñados en cascadas hondas,
En crespos lagos detenidos ya ;
Y venciendo el furor de sus raudales,
Y las rocas atlético escalando,
Entre la espesa oscuridad errando,
Hernán de prisa por la cuesta va.

Por la luz del relámpago alumbrado,
Envuelto entre el furente torbellino,
Del peligroso y áspero camino
Los obstáculos vence por doquier ;
Y sigue, y sigue impávido la senda
Que ya salvó Gonzalo en su carrera ;
Cual si el dedo de Dios le condujera,
Sigue sin vacilar y sin temer.

Arriba el choque eléctrico del rayo
Rompe las rocas, y á la luz del lampo,
Cunden piedras y troncos por el campo
Retumbando del monte en el confín ;
Y al estrépito horrendo, y al azote
De la lluvia, constante y borrascoso,
Alza como un espectro doloroso
La cabeza, el caído paladín.

Y apoyado en la izquierda estremecida,
Y la faz levantando macilenta,
Si escucha, oye el bramar de la tormenta ;
Si mira, ve del rayo el resplandor.
Y aunque su estoico espíritu relucha
Contra las iras del revuelto mundo,
Vuélvese á hundir en vértigo profundo
Vencido por la fiebre y el dolor.

Puéblase entonces el aura de figuras,
Y el espacio de insólitos sonidos,
Y oyen extrañas voces sus oídos,
Y extraña aparición sus ojos ven.
Tal vez de aquellas mágicas visiones
En la forma fantástica, inquieta,
Estén los raptos santos del profeta,
Y del mártir los éxtasis estén.

Si las vagas visiones de la mente
Nos parecen ensueños y quimeras,
Esas sombras errantes, pasajeras,
Forman parte también de la Creación ;
Y al surgir, como larvas misteriosas
Ante la voluntad que las envía,
Á Baltasar sentencian en la orgía,
Y aperciben soñando á Faraón.

Abre Gonzalo atónito los ojos,
Y se los frota con la diestra inerme,
Y se pregunta si delira ó duerme,
Y volviendo á mirar, vuelve á dudar.

Dos mujeres de formas celestiales
 Alzanse ante sus ojos fascinados,
 Que, en arroyos de luz casi abrasados,
 No pueden su presencia soportar.

Viste la una de blanco ; y una antorcha
 Lleva en la izquierda, y con la blanca diestra
 Al adalid incrédulo le muestra
 El cielo, única patria en que ella cree.
 Llevada sobre el cóncavo arco-iris,
 Que á sus costados en creciente asciende,
 En él la forma virginal suspende,
 Sobre el liviano y empinado pie.

Sus entreabiertos y rosados labios
 Orar parecen : por su sien tremola
 De luz inquieta mística aureola
 Que anima y baña su radiante faz.
 Piensa Gonzalo que en su rostro encuentra
 Los rasgos de Beatriz, su dulce hermana,
 Virgen bendita en quien la forma humana
 Fué de un ángel purísimo el disfraz.

Y una casta matrona va siguiendo
 De aquella virgen la oscilante estela,
 Que entre las sombras plácida riela,
 Y disipa la noche con su luz :
 Grave es su traje, su ademán humilde ;
 Mientras camina, lágrimas derrama,
 Y de oliva de paz lleva una rama,
 Y la sirve de báculo la cruz.

Reman en torno al aura iluminada
 Con sus alas de púrpura y de oro,
 Tiernos infantes, y en acorde coro
 Hacen vibrar las arpas de marfil ;
 Y como en ondas de apacible lago
 Que agita apenas, sin rizar, el viento,
 Van ; y al compás del blando movimiento
 Al aire dan su cántiga infantil.

Tiende la mano el adalid caído
 Y muévela diciendo :—En nada creo :
 Esas formas fantásticas que veo
 De mi delirio los abortos son.
 Quiénes sois ? Qué queréis ? Si existe el alma,
 La mía nada teme y nada espera.
 —Yo soy tu Fe—contesta la primera ;
 Y la segunda :—Soy tu Religión.—

GONZALO.

Ea ! pasad, imágenes vacías
 Que mi débil espíritu burláis !
 Nada sois vos sino ilusiones más
 Que á vuestro mismo autor atormentáis.

Sois de la fiebre el engañoso invento,
 Quiméricos delirios ; nada más ;
 Abortos de algún vil remordimiento,
 Que oculto mina mi valor quizás. . . .

Ea ! Pasad, fantasmas hechiceras,
 Ayer buscadas, desechadas hoy ;
 Disipad vuestras formas embusteras,
 Dejad que muera : sin honor estoy !

Años enteros, á los pies del Cristo,
Perdón y gracia férvido imploré ;
Pero venir, cual hoy, nunca os he visto
Á sostener mi vacilante fe.

Mientras pasaron esos largos años,
De esta selva en la oscura soledad
Me oculté, y oculté los desengaños
Con que me atribuló la humanidad.

Y todo sér viviente ha recibido
De mí entusiasmo, admiración, amor ;
Y á mi mismo opresor he redimido
Por hacerme propicio á mi Criador.

Entonces ¡ ay ! necesité de ayuda,
De auxilio superior necesité ;
Mas la deidad á mi oración fué muda
Mientras sus pies con lágrimas bañé.

Oh ! porqué allá, para aliviar mi duelo,
No os presentasteis, sombras, como aquí ?
Porqué no me mandó su auxilio el cielo
Cuando yo por piedad se lo pedí ?

Decid, porqué, para agravar mi yugo,
Para afligirme, atribularme más,
El sér á quien más amo, es el verdugo
Que ha de decirme—Deshonrado estás ! . . .

Disipaos, fantasmas vengadoras,
Que venís á insultar la adversidad !
Sí ; pasad de tropel, como las horas
Que lanza el tiempo á la honda eternidad !

Antes pude creer, pero ya es tarde :
Sin riego ha estado el árbol de mi fe,
Y, seco ya, del corazón cobarde
Yo con mi propia mano le arranqué.

La injusticia del hombre ha conseguido
Matar cuanto hubo generoso en mí :
He invocado á mi Dios ; me ha desoído ;
Quiero morir, pues todo lo perdí.

CORO.

Si mueres, en tu tumba maldecida
Tus enemigos grabarán *Traidor*,
Y *Réprobo*, en el alma del suicida
Escribirá la mano del Señor.

GONZALO.

Traidor ! siempre traidor ! . . . Ah ! yo se-
Gloria y honor busqué con frenesí, [diento,
Y conseguí la infamia y el tormento
En lugar de la gloria que pedí . . .

Si el suicidio es la puerta del infierno,
Tormento por tormento trocaré,
Y de un gran Dios bajo el castigo eterno,
Al hombre vil siquiera escaparé.

Venga el infierno, y venga de otro modo :
No puedo el de la infamia soportar.
Ya de mi sér no queda más que lodo ;
No tengo honor ; no tengo qué guardar.

Hasta Jesús en su virtud ileso,
Y de mí qué se dice? preguntó.
 ¿Cómo no ha de agobiar al hombre el peso
 Que pudo casi estremecer á Dios?

CORO.

Virgen angélica	Vén, sér magnánimo!
Del alba túnica,	Disipa el vértigo,
Al hombre mísero	Que agita trémulo
Vé por piedad!	Su corazón;
Benigna muéstrale	Y vuelva su ánimo,
Su senda única	Del vicio émulo,
Á la luz célica	Sano y enérgico
De tu verdad.	Á la oración!

GONZALO.

No, no más oraciones humillantes!
 Yo he sabido adorar, no sé temer;
 Hoy ni temo ni adoro como antes:
 Disipaos, dejadme perecer!

LA FE.

No: yo jamás consentiré en que mueras.
 Dios á alumbrar me manda tu camino;
 Sigue, hermano, la senda que ilumino.
 Yo soy feliz, y al bien te llevaré.
 Vengo del cielo, donde el alma, libre
 Del peso vil de la materia grave,
 Todo lo puede ver, todo lo sabe,
 Lo que será, lo que es, y lo que fué.

Ten, Gonzalo, valor: mi Dios protege
 Al infeliz que en su justicia espera
 Y persiste en la senda verdadera
 Que de la fe conduce á la salud.
 Si tu opresor se obstina en degradarte,
 No le temas por más que te persiga,
 Porque el crimen se gasta, se fatiga,
 Y sucumbe en la lid con la virtud.

De embriagarse en la sangre de un infante
 Los primeros cristianos acusados,
 Fueron por el tirano deshonrados,
 Que muerte infame en su furor les dió;
 Y reos del fantástico delito
 Los creyó el mismo veleidoso mundo,
 Que de amor luégo en éxtasi profundo
 Altares á su gloria levantó.

Con agua de la fuente de su ciencia
 Oh! láva de tus párpados la duda,
 Para que puedas ver limpia y desnuda
 La gloria mundanal de su oropel,
 Y entrar libre en el templo de la vida,
 Donde el honor jamás se menoscaba,
 Donde jamás nuestro deleite acaba,
 Y reina Dios y la virtud con Él.

Inmortal eres, inmortal el hombre
 Que te calumnia. Hay Dios: si no existiera,
 Impunemente perseguir pudiera
 Á la inerme inocencia el opresor;

¿ No ves que justificas, desgraciado,
El mismo bando que tu nombre empaña,
Y que bien pudo renegar de España
El que se atreve á renegar de Dios ?

Si murieras, tu cínico verdugo
Dijera :—Le venció el remordimiento,—
Y hallara en tu suicidio el argumento
Que hora falta á su negra acusación. . . .
Oh ! si no puedes defenderte vivo
Y el campo del honor dejas desierto,
¿ Quién la defensa emprenderá del muerto
Que agregará el suicidio á la traición ?

Pobre Gonzalo ! aunque al honor del mundo
Aspires sólo, tu cobarde muerte
En la opinión del mundo irá á perderte,
Que él al temor su admiración no da.
Ni el cielo tiene caridad que alcance
Para el cobarde, ni piedad el hombre ;
Y si viviere del suicida el nombre,
Entre risa y sarcasmos vivirá.

Muera el estoico en duda de si el alma
Tiene otro estado próspero y dichoso,
Y diga :—Ó en la nada está el reposo,
Ó en la inmortalidad la Libertad.—
Pero viva el cristiano en la desgracia
Por la inicua calumnia perseguido,
Diciendo :—Mi *deber* no está cumplido
Mientras pueda servir la humanidad.—

Huya aquél del dolor, y en su egoísmo
Lance el sarcasmo á la familia humana,
Y á los tiranos, cuya fuerza vana
Reduce á la impotencia con morir.
Corteje éste el dolor : perdone, y ame
La mano del traidor que le maltrata,
Y bendiga al llorar su raza ingrata
Que el mismo Dios le enseña á redimir.

Si la virtud nadara en el deleite ;
Si el justo con su mérito proscrito
No fuese por el vicio y el delito,
Y no odiasen los hombres la verdad,
La virtud, sin dolor, ni sacrificio,
Ya no fuera virtud, cálculo fuera,
Y en seguirla magnánimo no hubiera,
Ni heroísmo, ni honor, ni aun libertad.

La misión de los buenos en la tierra
Es hacer bien al hombre mientras vivan,
Y bendecir el mal que de él reciban,
Y con amor su ingratitud pagar,
Para que al fin la humanidad rebelde
Por el constante ejemplo entusiasmada,
De tanto ser amada y perdonada
Pueda aprender á perdonar y amar.

Porque sin fe, del interés movida
Y obedeciendo á su razón espuria,
El mérito detesta, y en la injuria
Se deleita la humana multitud. . . .

Contempla en aquel breve panorama
De tu linaje la infeliz historia !
Ésos son los anales de la gloria
Con que premian los hombres la virtud,

Mira !—

Y ante sus ojos como en confusa fila
Los siglos van pasando de crímenes preñados,
Y muéstranle los hombres que fueron calumniados,
Y atribuló demente la ciega humanidad.
Los unos perseguidos por bárbaros monarcas,
Otros por las repúblicas burlados y malditos,
Y todos infamados y muertos ó proscritos
Tan sólo porque osaron dar culto á la verdad.

De Fidias el ingenio en cárcel tenebrosa
La veleidosa Atenas mantiene aprisionado
Ladrón le llama el pueblo, y el hombre immaculado
So el peso del oprobio perece de aflicción.
Aristides y Sócrates y el triunfador Milcíades
Padecen por el pueblo, y el pueblo los castiga,
Y Corbulón, y Séneca, y Tráseas, enemiga
Encuentran ¡ ay ! la mano del déspota Nerón.

Allá, de harapos sucios cubierto el cuerpo apenas,
Arrastra su desgracia un ciego pordiosero, [Homero
Y ese hombre anciano, trémulo, ese hombre ¡ ay ! es
Que va de puerta en puerta solicitando un pan.
Acá el divino Saulo su forma descarnada
Estoico yergue y noble en calobozo estrecho,
Y más allá Camoens en el pajizo lecho
Alcanza ¡ ay ! una muerte que desdijera á un can.

Aquí en destierro duro, el vate peregrino
Ausente de su patria idolatrada gime.
Y ¿ quién es ése ?—El Dante, el épico sublime
Que el Cielo y el Infierno y el Purgatorio vió.
Colón á España vuelve cargado de cadenas,
Y fijos en la tierra los humillados ojos,
Se postra ante sus reyes, y pídeles de hinojos
Perdón por su pecado—el mundo que les dió.

Los quince siglos últimos descúbrenle sus senos,
Y en ellos, como de árboles, en densa palizada,
Nadar ve los cadáveres de aquella bienhadada
Familia de los mártires, ministros de Jesús ;
Y ve que el orbe entero aplaude su suplicio,
Y ve que el orbe entero los juzga criminales :
Y luégo ve que el orbe, lavado en los raudales
De su bendita sangre, conviértese á la cruz.

Y el mundo con su historia parécele una vasta
Picota donde el genio y las virtudes gimen,
Y do el rencor, la fuerza, los vejan, los oprimen,
Porque del vulgo ínvido los bienhechores son.
Y sin embargo atónito observa que ellos solos
Alumbran de sus siglos el seno tenebroso,
Y son como pirámides, que en plácido reposo
Del tiempo mismo burlan la destructiva acción.

Luégo le muestra en masas al Griego y al Romano
Que hicieron de la guerra su Dios y su negocio,
Y en siervos y señores entre el dolor y el ocio,
Tuvieron dividida la abyecta humanidad ;